

co y talista que empujara el poder, pidiere  
respeto la cuestión de los principios de la  
que vagamente piden la vuelta al punto de  
principios, pidiere con las palabras de la  
conocer la consecuencia de empujar a Italia y  
Bolonia y decir en la realidad a Venecia y  
Roma.  
Por consiguiente la democracia para cada  
país, para cada nación necesita del poder. Que la  
idea Napoleón a la Francia? Una esquivada sin  
significar el silencio de los poderes, el poder  
nada tiene, la política de su dignidad como  
pueblo, tales materialistas, un millón de espi-  
ros que cada vez todos los que tratan por  
la libertad, una política para todos los que por-  
taron la política de poder, el objeto de todas las  
acciones de justicia, las guerras insensatas, la in-  
seguridad de no saber que pensamiento cruzar  
por la mente del poder, un deber, una forma de  
vida general, una política materialista y más por  
que si juzgar el resultado del ciclo como  
la de Víctor Hugo es respaldador es para el Es-  
tado francés el poder, el poder en que va envuelto  
la política de la política, el poder, el poder.  
El poder es de todos, el poder es de todos.

---

### LA POLÍTICA NACIONAL.

---

• Cuando los grandes acontecimientos suceden, los pueblos se levantan de la triste realidad á un ideal superior de justicia y de derecho. Cuando se acometen con fortuna grandes empresas, los ánimos se sienten movidos á dilatar el horizonte de sus esperanzas, y el deseo del bien inspira nuevos proyectos de engrandecimiento y de progreso. Por eso nada hay más triste y desconsolador que el estado de postracion en que se encuentran los pueblos, cuando se creen incapacitados de toda obra grande, rendidos bajo el peso del infortunio, y bajan la frente, y aceptan la desgracia, y declaran que su presente se consume en la impotencia y que en lo porvenir sólo esperan la muerte. Algo de esto sucedía últimamente en España.

Nuestra tribuna sólo repetía el quejido del dolor de la nación; nuestra prensa era un continuado lamento; nuestra literatura cantaba en perpétua elegía el destronamiento de la reina de dos mundos, y la mostraba mal envuelta en su rota púrpura, rodeada de sus hijos exánimes, sin más destino que llorar, como la antigua Niobe, el gran dolor que laceraba sus entrañas.

Mas de pronto nuestra pátria se levanta, y muestra con cuánta sinrazon se dudaba de su pujanza y de su grandeza. Y así como despues de Guadalete tuvo Covadonga; y despues de los tiempos congojosos del último de los Enriques el descubrimiento del nuevo mundo, la reconquista de Granada; y despues de los tristes dias de Carlos IV la guerra de la Independencia, que asombró á Europa; despues de su última postracion, despues de aquellos dias de luto, en que el extranjero holló nuestro hogar, y el génio del mal destrozó las tablas de nuestros derechos, se ha levantado, y en dos guerras titánicas ha conseguido soterrar el absolutismo que la envilecia, y poner su planta vencedora en África, para cumplir el testamento de las generaciones pasadas, y llevar á cima la portentosa obra de su civilizacion.

¿Quién nos hubiera creído capaces de tanta gloria? Pues á pesar de nuestra desconfianza, hemos entrado, rompiendo por todo, en África; hemos desafiado las ideas de un pueblo indómito y de la naturaleza contra nosotros rebelada; hemos sufrido, sin desmayar, dias de prueba; y allí donde fué vencido tantas veces el genio ibero, donde encontraron la muerte grandes héroes, así de Portugal como de España; allí donde se eclipsó la estrella de Carlos V, y fué desgraciado el heroismo de Pedro Navarro, y encontró Carlos III menguada rota, cual si la adversa suerte se empeñara en cerrarnos nuestro camino natural, y en impedir la obra que nos confió la Providencia, allí ondea el pabellon español, coronado con los laureles de la victoria y bendecido por el génio de la civilizacion.

Pues bien: nuestra obra no está mas que comenzada, nuestra actividad tiene muchas esferas, nuestro pensamiento es múltiple, nuestra vida necesita muchos cáuces, nuestra política nacional es inmensa. Y es preciso que la prensa recuerde un dia y otro dia nuestros deberes, para aguijonear la actividad de los gobiernos, de suyo conservadores, y poco aptos para las grandes reformas y

las grandes empresas. Es necesario que la prensa un dia y otro dia, diga lo que debemos hacer, y derrame en el país el sentimiento de sus propias fuerzas, y le dé la conciencia de sus maravillosos destinos. Es necesario recordar que por nuestra posicion entre el Oceano y el Mediterráneo; por los restos de conquistas que tenemos dispersos en África, en Asia y en América; por las grandes tradiciones históricas; por amor á la raza de que somos hijos, debemos, hoy que el sentimiento nacional se halla escitado y vibrante, recordarle que si la guerra de África está comenzada, la unidad nacional no está concluida, y que ni siquiera está ideada la confederacion de la raza latina en América; deberes todos que ha de cumplir más tarde ó más temprano la nacionalidad española.

Los periódicos enemigos del liberalismo, es decir, enemigos del siglo, enemigos de la Providencia, han querido aprovechar el entusiasmo público en su pró, y han clamado para que concluyeran las ardientes pero saludables luchas de la sociedad moderna, la libertad del pensamiento, la libertad de la palabra; para que se cerraran por siempre las Asambleas, y volviéramos á vestirnos el sayal de la Edad media, que hemos roto con

nuestras propias manos, y nos sepultáramos en las cenizas de nuestros antepasados, que nos engendraron para que gozáramos de la vida, y siguiéramos eslabonando la cadena de oro del progreso. Han creído que era posible aprovechar en favor de una idea mezquina un acontecimiento grande, y han clamado por la esclavitud antigua. Nosotros, que hemos abrazado la guerra de África con entera abnegacion, no clamaremos hoy por la libertad que deseamos, pero clamaremos por una política grande, por una política nacional. A tres se reducen nuestras ideas: Primera. A la guerra de África, que está ya comenzada. Segunda. A la union de España y Portugal. Tercera. A la union de nuestra raza en América. Esto debemos pedir al sentimiento nacional. Estas ideas debemos recordar, como el ideal que flota sobre nuestra pátria. Hablemos hoy de la unidad ibérica.

¿Quién no desea la union de España y Portugal, que debe ser uno de los grandes fines de nuestra vida nacional? Nacidos los dos pueblos bajo un mismo cielo, arrullados por las ondas de los mismos mares, hablando lenguas muy parecidas, por su natural elocuencia y su lujoso orientalismo, educados por las mismas doctrinas, unidos

en los dias de los grandes infortunios, con una literatura idéntica en sus aspiraciones y hasta en sus formas, con largos siglos de una vida comun muchas veces, siempre semejante, con el mismo destino histórico y el mismo carácter nacional, los dos pueblos ibéricos deben unirse, deben realizar el ideal que hoy acarician todos los pueblos europeos, deben confundir sus almas en un mismo pensamiento, como se unen al par en un mismo cielo purísimo los aromas de sus bosques y los vapores de sus rios y de sus mares. Así como la tendencia á la libertad es la ley de los pueblos en la esfera de la política, la tendencia á la unidad es la ley de los pueblos en la esfera nacional en el siglo XIX. Alemania hace todo linaje de sacrificios para unir en una gran confederacion sus pueblos, y si no se opusieran los infinitos principes que tienen allí encontrados intereses, la unidad no se perderia en los celajes de un porvenir oscuro; la unidad, que es el deseo de todos los que aman la patria alemana, y recuerdan la potente voz de Fichte, y los cantos sagrados de Schiller, de Ulham y de Koerner. Los Principados Danubianos, contra los intereses de Turquía, de Austria y de Rusia, á las orillas del gran rio por donde entraron

al imperio romano los pueblos que habian de ser como el fuerte cuerpo de la historia moderna, juran su unidad, que bendicen las almas de sus héroes y de sus mártires. La raza escandinava, allá, en sus desiertos helados, á pesar de su carácter histórico y de las inclemencias de la naturaleza que la rodea como para encerrarla en sí misma, tiende sus brazos á sus hermanos y busca anhelante ese ideal de unidad que debe acrecentar su vida y sus glorias. Italia, la nacion del fraccionamiento, ese pueblo en que cada ciudad tiene su historia, sus oradores, sus poetas, sus recuerdos, su vida separada; ese pueblo, que desde la Edad media se ha dividido en pequeños átomos bajo las herraduras de los caballos de los bárbaros; ese pueblo, que no pudo tener unidad ni con la barbarie de Teodorico, ni con la disciplina de Carlo-Magno, ni con el patriotismo de Federico II, ni con el espíritu universal de los papas, ni aun bajo la espada victoriosa de Carlos V. Italia hoy, para llegar á ser nacion, olvida sus antiguos fueros, sus tradiciones particulares, sus glorias de un dia, fundiéndose en un sentimiento nacional; y Génova, la república mercantil, y Turin, la ciudad realista, y Florencia, la república literaria, y Ve-

necia, la república aristocrática, y Roma, la gran Roma, y Nápoles, la dormida Nápoles, que parece envenenada por el aroma de sus jardines, y Sicilia, esa perla griega caída á las plantas de Italia, se acercan á la unidad, porque presienten que sólo así podrán un dia llegar á ser un pueblo, y á quebrantar para siempre la coyunda ignominiosa del Austria, que quiere atar á su carro á la nacion que, si ha perdido la soberanía del mundo, no perderá nunca la soberanía del arte y del génio.

¿Y con cuánta más razon no debíamos ser Portugal y España un solo pueblo? Unas mismas montañas han sido nuestra cuna; de unos mismos árboles hemos cortado los techos de nuestros hogares; en unos mismos montes hemos encontrado el hierro para forjar nuestras lanzas; en unos mismos altares hemos vertido nuestra sangre; las quillas de nuestros barcos han hollado unos mismos mares; y Roma, cuando se vió herida, no sabia distinguir entre lusitanos, astures y cántabros, porque todos eran iberos; y el árabe enemigo no sabia si eran portugueses ó castellanos los que le vencian en Calatañazor y en el Salado, porque todos eran cristianos; y el Asia y América no distinguia si partian de Lisboa ó de Cádiz

las naves que les llevaban la civilizacion, porque todas eran españolas; y los últimos guerreros que hollaron nuestra nacionalidad, no acertaban á distinguir qué mano habia abierto sus anchas heridas en el pecho, porque todos eran patriotas; y la naturaleza no sabe aún que hay dos pueblos, pues hasta los rios se tornan más profundos y más estrechos al tocar las fronteras de las dos naciones, como si quisieran ser un lazo de la fraternidad natural que debe reinar en la península, en la estrella de la tarde, en la reina de Occidente.

Tended los ojos por la historia hasta donde se dilatan los tiempos, y os convencereis de la union que ha existido entre España y Portugal. En la lucha con los romanos, unidos estuvimos al pié del árbol de la pátria; unidos peleamos, unidos caimos bajo el peso del destino. Viriato, aquel pastor, aquel guerrero audaz, era fuerte como un astur, constante como un cántabro, ágil como un vacceo, decidido como un numantino, flexible como un lusitano, de ardiente carácter como un hijo de la Bética, tan hábil en manejar la honda como un balear, tan incansable en la pelea como un celtíbero; y así concibió el pensamiento de

protectar en nombre de una patria comun contra Roma, pues su inmensa alma tenia todos los matices del carácter de nuestro pueblo. Mas ¿para qué cansarnos? El historiador que escriba los anales de Portugal hasta el siglo XII, sólo hablará de España, pues en realidad hasta entonces no se desgaja esa rama del árbol de nuestra nacionalidad. Juntos sufrimos la terrible rota del Guadalete. Juntos comenzamos la obra inmensa de la reconquista. Reyes portugueses redimieron á Badajoz; reyes castellanos á las ciudades portuguesas. En los muros de Viseo murió Alfonso V de Castilla, el de los claros fueros. Fernando I es un héroe á un tiempo castellano y portugués. Huestes portuguesas nos auxiliaron á vencer á los árabes en Calatañazor, á los almohades en las Navas, á los berimerines en el Salado. Mientras nosotros ibamos á América, y Ercilla cantaba las glorias del descubrimiento de un nuevo mundo, los portugueses iban al Asia, y Camoens cantaba la renovacion de un mundo antiguo. Cuando la nueva creacion surgia entre las ondas, el papa, haciendo la señal de la cruz como para bautizar aquella region que renovaba los dias del Eden, la dividió entre Portugal y España. Sin Vasco de

Gama, Europa no hubiera aspirado las esencias de las Indias Orientales; sin Colon, Europa no hubiera aspirado las esencias de las Indias Occidentales; desde la cuna hasta el ocaso del sol se extendian las dos alas de nuestro génio.

Y en la empresa hoy acometida, en la empresa de África, el génio portugués nos ha precedido como enseñándonos que tambien allí estaba la estrella de nuestro comun destino. En tiempo de D. Juan I, las naves portuguesas tenian la llave del imperio marroquí, Ceuta, que aún está hoy en nuestras manos. En tiempo de D. Duarte, las naves portuguesas llegan á Tánger, y si la suerte les fué adversa, ofrecieron un testimonio eterno de su heroismo en el principe Constante, que inspiró el génio patriótico del gran Calderon de la Barca. Alcazar, Larache, Mogador, vieron ondear en sus muros la bandera portuguesa, el signo de nuestro génio y de nuestra civilizacion. Mil veces el génio africano, al ver á lo lejos rizada por el viento la lona de las naves portuguesas, lanzaba un gemido, porque sabia que en ellas iban guerreros dispuestos á lavar con sangre mora la afrenta del Guadalete. Y cuando en el siglo XVI, el rey D. Sebastian, alentado por

ese génio ibero que ama lo imposible, se vió rodeado de abrasadas arenas y de enemigos, herido por el dardo emponzoñado en el veneno de la ardiente Libia y por los rayos del sol, que despiadados caian sobre su frente, si al morir tuvo esa vision profética que Dios concede á sus mártires, se le apareceria el génio español arrancando al eterno enemigo de las manos la espada con que habia herido al génio portugués. Por eso ahora podemos recordar al portugués que hemos tenido una misma historia; que hemos peleado en unos mismos campos; que somos de una misma raza; que acariciamos un mismo ideal; que sus Melos y otros grandes escritores, trazaron sus obras en nuestra lengua; que nuestros Calderones y nuestros Herreras cantaron á sus héroes; que la fraternidad de nuestras almas es indisoluble, porque nace de la naturaleza, y que, unidos, podemos volver á ser una de las primeras naciones de Europa.

Así como en la cuestion de África se necesitan las armas, en la cuestion de Portugal sólo se necesita la razon y la justicia. Los tiempos de conquististas en los pueblos civilizados pasaron para no volver. Nosotros debemos querer de Portugal el

amor, no la sumision. El pueblo portugués debe unirse al pueblo español, usando ámplia, libremente, de su propia soberanía. Sabe muy bien que sin nosotros es un pueblo insignificante, dominado unas veces por los ingleses, otras por la Francia, y con nosotros es un pueblo grande, temido, cuya voz resonará en los consejos de Europa. Hace poco tiempo vió, con lágrimas en los ojos, arrancado de sus tribunales por la fuerza, un buque y una tripulacion que habia quebrantado las leyes marítimas. ¿Hubiera visto esta afrenta, hubiera contado este día de amargura, si hubiese sido español? Nosotros no debemos descansar ni un solo día en esta empresa de acercarnos á Portugal; ni un solo día, porque es el porvenir de nuestra raza.

Todo gobierno que dé un paso en esta senda de salvacion, merecerá bien de la pátria. Unamos las inteligencias de los dos pueblos, uniendo sus universidades; unamos los intereses de los dos pueblos uniendo sus aduanas; estrechemos las distancias que nos separan por los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, que reparten la electricidad de la vida por todo el cuerpo nacional. La union de Italia es difícil, la union de Ale-

mania imposible hoy; sólo es fácil la union ibérica. Procurémosla. Digámosle á Portugal, enseñándole á Tetuan: «El dia que estemos unidos, nadie podrá violar nuestro derecho, ningun poder dejará de saludarnos, y nuestro voto pesará incontrastablemente en la balanza de los destinos de Europa. Unámonos, olvidemos preocupaciones de la Edad media; unámonos en el santo, en el infame amor de la patria, y las generaciones venideras dirán que hemos dado cima á una obra de gigantes, y pondrán el nombre de esta generacion afortunada en las páginas de oro del inmortal libro de la historia. Esta, y no otra, es la política nacional.

Febrero 48 de 1860.

---

## LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

---

### I.

En medio de las tempestades que han agitado al presente siglo, nunca se ha perdido la voz plañidera de Italia, que se duele de sus acerbos, de sus antiguos males. Todo cuanto debió ser su grandeza, se ha convertido en su daño. El dominio del mundo en la antigüedad, el dominio de la conciencia en los tiempos modernos, su inagotable inspiracion, sus paletas, sus pinceles, el cincel que tiene siempre en su mano para modelar sus estatuas, el templo inmenso que ha levantado bajo la idea sagrada del catolicismo, su amor á la humanidad, la misma hermosura de sus cielos y de sus campos, la misma claridad de sus ma-